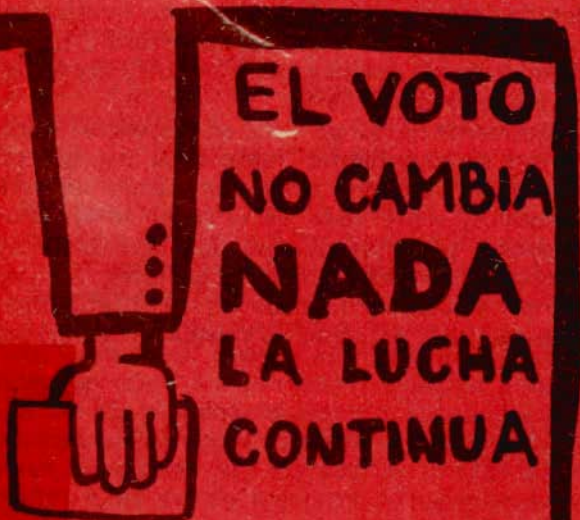


g.lor

SOBRE SENDERO LUMINOSO



**EL VOTO
NO CAMBIA
NADA
LA LUCHA
CONTINUA**



FB
303.62
L685s

LA PAZ - BOLIVIA

1986

00638

primer lugar, los obreros y los activistas de "Sendero". Los derechos humanos, las garantías constitucionales y otras lindezas sobre las que suelen declamar los demócratas, han sido simplemente echados por tierra y pisoteados. Nos parece que el internacionalismo proletario debe traducirse en una campaña sistemática en defensa de los perseguidos del vecino país. En este plano nuestra solidaridad es incondicional con "Sendero Luminoso". La crítica que realizamos de su política tiene un otro contenido: el del proletariado revolucionario.

El presidente Belaúnde pone en evidencia las intenciones criminales de su gobierno frente a los insurgentes, cuando los acusa de narco-terroristas, buscando de esta manera justificativos, sobre todo en el plano internacional, para las mayores tropelías que puedan cometerse contra los elementos catalogados como subvertores. No deja de ser sugerente su desafío lanzado en su último mensaje (28 de julio de 1984) para que los cabecillas den la cara, etc.

Agosto de 1984

5.438
6-11-84

Inventario No.	001918
Stencil No.	

LX-14

SOBRE "SENDERO LUMINOSO"

Por G. Lora

Capítulo I OBJETIVO Y LIMITACIONES DE ESTE ENSAYO

Estas notas se escriben cuando "Sendero Luminoso" de Perú inicia su nueva arremetida y que la prensa llama la "segunda ola". Las acciones rebasan Ayacucho para alcanzar, en alguna forma, a Lima, Huancavélica, Yauyos, Cerro de Pasco, La Libertad, Huallaga. En Cerro de Pasco acaban de ser descarrilados ocho vagones cargados de mineral y de producirse la voladura de El Infiernillo. En Lima, la empresa soviética Aerotransport ha sufrido los efectos de una bomba. Menudean los atentados. Los comentaristas sostienen que los senderistas han incluido entre sus medios de lucha el sabotaje económico.

"Sendero Luminoso" parece afirmarse en medio de la brutal represión que ha soportado y soporta, primero de parte de la policía y ahora del ejército. Una lucha ya larga de los rebeldes ha logrado éxitos militares de importancia. Las acciones irregulares han logrado neutralizar las ventajas inherentes a las fuerzas regulares del ejército. No es la primera vez que esto sucede en el plano internacional. Las observaciones a la política senderista tienen lugar cuando los rebeldes están muy lejos de considerarse derrotados por el orden burgués, lo que otorga a aquellas remarcable significación.

Detenerse en los simples datos anecdóticos de las refriegas que se libran, que se ganan o se pierden, sería absurdo porque se perdería de vista la línea política que sigue "Sendero Luminoso", que es lo que nos interesa. Nos esforzamos, precisamente, por vislumbrar, en medio de las actuales circunstancias imperantes, si es posible la victoria de la política senderista, victoria que importaría la estructuración de un gobierno "revolucionario, popular y antiimperialista", es decir, de un gobierno policlasista timoneado, de manera insoslayable, por parte de la bur-

guesía, de la llamada progresista, como corresponde a la etapa democrática del proceso revolucionario. La victoria de "Sendero" importaría la victoria del stalinismo contrarrevolucionario contra una revolución que aún no ha tenido lugar. Entre las fintas sangrientas nos esforzamos por descubrir el meollo del problema y de seguir sus derivaciones. La historiación de las acciones de "Sendero Luminoso" no es nuestro propósito y algunos datos de esa historia serán invocados para confirmar enjuiciamiento políticos y nada más. Tenemos presente nuestro ya clásico planteamiento en sentido de que consideramos válido el método de lucha de las guerrillas, de lejano origen campesino y que puede la clase obrera de nuestra época utilizarlo e impimirle su propia perspectiva, considerado como la acción armada de las masas, como una particular expresión de su lucha cotidiana. No hay una separación entre guerrillero y trabajador agrario, sino que éste puede, en determinadas circunstancias, empuñar el fusil. Con mucha frecuencia se confunde el método de lucha (la táctica) con la finalidad estratégica de las clases sociales y de sus expresiones políticas. Las guerrillas, así como las más diversas expresiones de la lucha armada, no son revolucionarias por sí mismas, en algunos casos pueden obedecer a una política inconfundiblemente reaccionaria. Cuando nosotros nos referimos a las guerrillas utilizadas por el proletariado, partimos de la certidumbre de que esta clase social las subordina a su estrategia revolucionaria, la revolución y dictadura proletarias; además, que son las masas las que pasan a la lucha armada y no un grupo elitista a nombre de ellas.

Contrariamente, rechazamos con mucha energía todo intento de sustituir el método de la guerra irregular (guerrillas) por el foquismo, como actividad que se desarrolla a espaldas de las masas, como una imposición a éstas por parte de grupos debidamente organizados para librar acciones militares. En esta medida se trata de una acción extraña a los sectores mayoritarios, aunque puede trocarse en motivo de preocupación o curiosidad, llegando a involucrar a parte de la población sin ser por esto parte de ella. No pocas veces los grupos foquistas pretenden con su acción reemplazar a las masas, es decir, actuar a nombre

y en lugar de ellas; actúan así aún estando en el seno de los explotados. Esta observación vale tanto para las acciones que se desarrollan en el campo, como en la ciudad. A lo que hicieron y dijeron al respecto el ERP argentino, los tupamaros uruguayos, se suma ahora la experiencia de "Sendero Luminoso".

Por otro lado, la rebelión senderista no ha tardado en convertirse en la piedra de toque para toda la izquierda peruana, que a su modo reproduce las diferentes gamas de los que se consideran marxistas en Bolivia y en los otros países latinoamericanos. Inclusive los que se han abstenido de pronunciarse públicamente en favor o en contra de los métodos y objetivos senderistas, han dejado sentada con su actitud su posición frente a los problemas fundamentales de la revolución.

En el Perú actualmente domina el fenómeno senderista: el gobierno, las fuerzas represivas, los medios de comunicación, la opinión pública, los diferentes sectores sociales se mueven, gimen, patean, expresan sus esperanzas o su odio frente a los que siguen siendo los personajes centrales del drama de Ayacucho, que nuevamente se ha trocado en "aya-cucho".

Los empresarios, las grandes empresas, la clase media alta añoran y persiguen un clima de seguridad, así defienden su bolsa.

Una revista limeña reproduce a toda página un aviso de una compañía que ofrece "seguridad durante las veinticuatro horas del día" e ilustra su propaganda con fotografías de hombres y mujeres (policías privados) realizando ejercicios con armas de fuego.

El gobierno Belaúnde, expresión de la clase dominante, no ha podido ocultar el total descalabro de ésta. Las escaramuzas armadas han sido suficientes para poner en evidencia la incapacidad de la burguesía nativa para gobernar y para resolver los grandes problemas estructurales del país. Los senderistas han puesto en brete no únicamente al aparato represivo sino al propio organismo gubernamental. Una y otra vez ha sido declarado el estado de emergencia (supresión "legal" de algunas garantías constituciona-

les), esto para no dar paso abiertamente al estado de sitio, que importa el reconocimiento de existencia de la guerra civil. Como es ya tradicional en la burguesía, ha recurrido a una inusitada violencia en su intento de aplastar a los insurgentes. Las fuerzas armadas han declarado la guerra a muerte contra "Sendero Luminoso", arrasan las poblaciones campesinas y con mucha frecuencia atribuyen sus propios crímenes a los senderistas.

Ha vuelto a utilizarse en el Perú el pretexto de la lucha armada irregular para justificar la represión contra el movimiento obrero organizado que lucha con firmeza contra la desesperante miseria que impera en el país vecino. Bajo el pretexto de acabar con la subversión se pretende engrillar a los explotados; es una vieja práctica burguesa.

La presencia candente de "Sendero Luminoso" obliga a las agrupaciones izquierdistas a tomar actitudes ambivalentes, todo a fin de mantener una posición complaciente con las masas explotadas y también con los sectores democratizantes de la burguesía. De esta manera la lucha armada no podrá menos que tener una influencia indirecta en las próximas elecciones "Sendero" aparece como la conciencia acusadora de una izquierda que no atina a definir con nitidez su posición.

El grueso de los campesinos de Ayacucho ha sido empujado por los acontecimientos a oscilar profundamente en busca de la tolerancia de insurgentes y de uniformados. Con motivo del último aniversario del Perú (28 de julio), "Sendero Luminoso" decretó tres días de huelga en la zona que la considera bajo su poder. Las fuerzas armadas respondieron acentuando la represión: veinte mil personas fueron detenidas buscando evitar actos terroristas; se prohibió a los campesinos el uso del tradicional poncho, por creer que esta vestimenta puede servir para transportar subrepticamente material bélico. Los hechos son por demás elocuentes acerca de la enorme importancia que ha adquirido "Sendero Luminoso", más debido a la profunda quiebra del orden social burgués que a las propias acciones armadas. La tragedia del Perú radica en que al gobierno burgués que se hunde no puede plantearse la alternativa

del gobierno obrero. Habrán otras elecciones y vendrá otro gobierno burgués, mientras el país seguirá retrocediendo hacia la barbarie.

Un cable de AP desde Lima trae la insólita noticia de que Izquierda Unida, cuyo líder, Alfonso Barrante, ejerce las funciones de alcalde de la capital peruana, habría decidido convocar y movilizar a los campesinos para aplastar a los senderistas, un objetivo que solamente puede lograrse con las armas en la mano. Se trataría de una "venganza" por el ajusticiamiento del alcalde Saúl Muñoz Menacho de Huancayo en manos de los activistas de "Sendero Luminoso". Las autoridades no han ocultado su beneplácito por la decisión "izquierdista" y solamente reclaman que a los hombres del campo no se les proporcione armas, que es, por lo visto, lo que más teme la burguesía. Si los campesinos se levantan para luchar por su emancipación podrían rápidamente encontrar a su auténtica dirección en el proletariado. El virtual frente de Izquierda Unida con las fuerzas represivas no podrá menos que convertirse en una segura sepultura para aquella.

Pero resulta absurdo sostener que la tarea revolucionaria consista en aniquilar físicamente a los foquistas o en aliarse con los organismos de represión para lograr este objetivo: esta actitud es francamente contrarrevolucionaria, no contribuye a la maduración de los explotados ni a forjar una política revolucionaria. La finalidad es la de vencer y superar políticamente al foquismo.

Capítulo II

¿POR QUE EL FOQUISMO EN EL PERU?

Una parte de la gran prensa peruana ha descubierto recién y a costa de hombres y mujeres de ambos bandos caídos en la lucha, que Ayacucho y las regiones circunvecinas de Los Andes constituyen la región más miserable del rezagado Perú, que Lima no es todo el país y que la Sierra no ofrece un desarrollo uniforme. Las comunidades campesinas no atinan a salir de una agricultura extensiva, primitiva, que casi no deja excedentes: la economía de consumo

domina el escenario y es sinónimo de miseria. La ligereza periodística ha seguido el camino más fácil en su empeño de desentrañar los sangrientos acontecimientos de la Sierra: cree que la excesiva miseria hizo brotar la lucha armada. ¿Por qué no sucede otro tanto en otras zonas peruanas, en gran parte de Bolivia, el Ecuador, Chile, etc, del continente del hambre? La respuesta tiene que partir de la enseñanza que deja la historia de las luchas sociales latinoamericanas: si la lucha militar de los pueblos no brota de manera automática, necesaria y directa, de la miseria, menos puede generar la aparición de un foco armado; en este último caso, la geografía de la miseria se convierte en escenario de la lucha contra los organismos represivos regulares por la decisión que hacen en ese sentido los activistas venidos de otras latitudes; en la suya estuvo acertado "Sendero".

Los comentaristas pasan por alto lo fundamental del problema. La elección de Ayacucho por parte de los dirigentes senderistas para que se convirtiese en el punto de arranque de sus acciones obedeció no solamente a la necesidad de encontrar una justificación de facto (la miseria respalda las bombas y las muertes), sino porque correspondía perfectamente a su concepción teórico-política: en los países atrasados, que tantas veces y de manera deliberada han sido llamados campesinos, la rebelión debe partir del agro para ganar las ciudades, por así imponerlo el poco desarrollo de las fuerzas productivas. Esta invasión armada de la miseria extrema y de la barbarie a las ciudades convertidas en refugio de la opulencia, de la degeneración por exceso de dinero, de la comodidad, etc, no sería el camino de la revolución burguesa clásica (el stalinismo en general y el nacionalismo prefieren decir revolución democrática), sino de una inédita, que se la prefiere designar como popular. La designación de los países atrasados como campesinos no forma parte de ningún deslizo ingenuo, sino que forma parte de una nítida caracterización política: allí donde las condiciones objetivas no han logrado madurar para la revolución puramente socialista, el campesinado sería la clase revolucionaria. No se trata de

un accidente que bien puede obligar al partido de la clase obrera a sumergirse en el agro por determinado tiempo, sino de la evidencia de que éste libertará a la ciudad.

Cuando la revolución campesina se aísla de la clase revolucionaria de la ciudad, a sus propiciadores el hecho les tiene sin cuidado, pues los problemas fundamentales de la política revolucionaria encontrarán solución —según los senderistas— en el campo. Los teóricos de la burocratizada IC, alrededor de su quinto congreso catalogaron a gran parte de los países atrasados como campesinos. La idea estuvo latente en todo el desarrollo del marxo-stalinismo, para fructificar más tarde en la teoría castrista. ¿Copia o mera coincidencia? . Resulta difícil responder de una u otra manera. No era posible tipificar nuestra época como la de la revolución proletaria, en la que ya no está vigente la diferencia entre países maduros y no para esa revolución, una de las ideas capitales de Trotsky.

La izquierda latinoamericana y peruana ponen muy poco cuidado en el análisis de la mecánica de clases imperante en los países atrasados. Prefieren continuar con su actitud equívoca frente a las vastas masas campesinas, con la esperanza de que así podrá ganarlas para sus posiciones; se trataría de una maniobra táctica.

Si los campesinos encarnan el socialismo, si pueden dirigir todo el proceso de transformación, es claro que el actual proceso revolucionario tendría que desembocar en una sociedad campesina, de rasgos incásicos o no, lo que importa poco. Se olvida que el instinto de los campesinos, sus aspiraciones y las limitaciones de su lucha, están determinados por la producción individual y por el gran peso de los pequeños productores en su seno. Venidos del pasado histórico, tienen mucho de común con ese pasado y con el presente y no tienen posibilidades, en la medida en que no ven ni expresan los problemas de dimensión nacional, de adquirir conciencia de clase y de desarrollar una actividad auténticamente política. Esto ha sido siempre así en todas las latitudes donde dominaban concentraciones sociales inmersas en el modo de producción precapitalista. La sustitución de los campesinos, una

aplastante masa sin voz, por élites intelectuales y de activistas debidamente entrenados en el manejo de las armas, aparece de una manera natural y como si formase parte del proceso revolucionario. Los foquistas hablan a nombre de los explotados del agro y como si se hubieran trocado en estos últimos. En los esquemas subjetivos de los dirigentes políticos ya nos encontramos frente a la revolución campesina consumada.

La idea de que los campesinos son dirección revolucionaria es algo que en el Perú se viene arrastrando desde tiempo inmemorial. Todo comenzó cuando algunos izquierdistas descubrieron que había un comunismo nativo heredado del incario. Más tarde se incurrió en la ligereza de no delimitar con claridad las diferencias cualitativas entre proletariado y campesinado, se habló indistintamente de uno y de otro, atribuyéndoles no importa qué virtudes revolucionarias. Las actividades foquistas, cuya historia es rica en acontecimientos, se ubicaron de manera lógica en el agro. El equipo armado organiza y hace marchar detrás de sí a los campesinos: esto sería la revolución.

Es el propio pasado del socialismo peruano el que potencia la idea de "Sendero Luminoso", que muestra coherencia frente a los otros grupos que no atinan a darse cabal cuenta de lo que sucede.

Se puede concluir que la izquierda peruana, en su expresión más óptima, sólo maduró para hacer posible las acciones de "Sendero", no estaba preparada para dar ninguna otra respuesta radical y no parlamentaria.

Capítulo III "SENDERO" Y LA IZQUIERDA

La presencia de "Sendero Luminoso" ha puesto en evidencia que la izquierda peruana está pagando muy caro los errores que ha cometido a lo largo de su historia. Los acontecimientos de Ayacucho sorprendieron a la izquierda —y no por casualidad— en el momento más agudo de su crisis: una parte de ella, atomizada y minimizada recorría por caminos extraviados, la otra gustosa vegetaba dentro

de las redes de la Izquierda Unida o bien se agotaba en el nuevo experimento cuasi frentista del partido mariateguista, ambos sin abandonar el parlamentarismo cretinizante. Esa izquierda, desgarrada por sus propias contradicciones, no atinaba a superarlas y menos a plantear una gran política revolucionaria.

La primera conclusión a la que se llega es que el vacío de dirección y de ideología revolucionarias dejado por lo que puede considerarse izquierda tradicional y que siempre estuvo tan íntimamente vinculada al foquismo, al castrismo y al maoísmo, ha sido llenado por "Sendero Luminoso" muy a la peruana. La izquierda tradicional se hunde en toda especie de revisionismos y que invariablemente la lleva a posiciones burguesas, lo que, a su turno, permite a los senderistas presentarse como portaestandartes de una doctrina de alguna homogeneidad y del sacrificio revolucionario. Mientras esa izquierda polifacética sigue invariablemente los canales del oportunismo, "Sendero Luminoso" lleva con intransigencia su política que la considera correcta. "Sendero" viene de la matriz de la izquierda peruana, es su hijo legítimo. Los que reniegan de la criatura no pueden ocultar que ésta es su vivo retrato.

Históricamente, el marxismo se ha estructurado en franca polémica con las tendencias "socialistas" terroristas que propugnaban objetivos y métodos no revolucionarios ni clasistas. Se tiene la impresión de que los clásicos tomaron para sí la tarea básica de diferenciarse de las diferentes corrientes del momento. Este antecedente y muchos otros ejemplos, entre ellos el del bolchevismo, permitían esperar que el severo balance autocrítico del foquismo contribuiría a forjar la teoría de la revolución peruana. Nada de esto ha sucedido y no se vislumbra la posibilidad inmediata del surgimiento del programa revolucionario, que, aunque la desesperación pequeñoburguesa lo niegue, es de lo que realmente se trata. Los hechos nos obligan a reconocer que el parto de los montes es "Sendero Luminoso".

Los izquierdistas y "marxistas" peruanos, lejos de aplicar el método marxista a su propia realidad con miras a

transformarla estructuralmente, se han limitado a acumular errores y malentendidos de ideólogos y agrupaciones del pasado.

Un difuso "socialismo" indigenista se ha venido filtrando a través de teóricos, literatos, etc, inclusive del APRA, "socialismo" que constituye algo así como el cimiento movedizo del "marxismo" peruano. A los bolivianos nos interesa vivamente el antecedente, porque abrevamos por largo tiempo en esas aguas turbias. Acaso por esto gran parte de las corrientes izquierdistas latinoamericanas fueron fácil presa del foquismo castrista.

Todos se reclaman de Mariátegui, desde los stalinistas de la más pura cepa hasta los trotskystas, pasando por las tendencias pequeño-burguesas más diversas; pero nadie se siente capaz de analizar críticamente el pensamiento del que en su momento fue uno de los más grandes marxistas, pero que no pudo o no tuvo tiempo para liberarse del enorme peso muerto de sus errores, de sus ideas extrañas al marxismo, de su indigenismo, etc. La sombra del gigante parece ensombrecer y empequeñecer a todos.

Mariátegui ha sido convertido en mito-dios, pero no ha tenido la suerte de que los marxistas lo asimilen críticamente, que es la única asimilación que cuenta. Aunque parezca paradójico, la tendencia revolucionaria para desarrollarse debidamente tiene que enfrentarse y vencer la descomunal herencia del gigante. El socialismo boliviano de los años treinta era mariateguista, pero bajo la influencia decisiva del trotskysmo dejó de serlo, al menos como simple réplica de los "7 ensayos" y del "Amauta". Los "trotskystas" peruanos no han logrado aún explicar por qué el Amauta dejó arrastrarse por la propaganda de la burocracia alrededor de la capital disputa entre Trotsky y Stalin.

No es necesario repetir al cinismo stalinista que Mariátegui chocó con el aparato de la Internacional Comunista alrededor de la caracterización de la revolución en los países latinoamericanos. Lo que hace falta es la polémica desmitificadora y que, en verdad, es el único camino que

puede conducir a reconquistar al Mariátegui auténtico.

El stalinismo peruano tuvo su relumbrón en la época en la que el actualmente renegado Ravines fue uno de los pocos latinoamericanos que llegó al Ejecutivo de la Tercera Internacional, esto durante el tercer período. Las huestes "comunistas", muy infladas en la impresionante propaganda desarrollada por el Buró Sudamericano y extremadamente esmirriadas en la realidad, parecían lanzarse decididas a imponer el "gobierno obrero-campesino", consigna que generalmente se la identifica injustificadamente con la usada por los bolcheviques en 1917, cuando en realidad era una manera de ratificar la vigencia de la revolución democrático-burguesa. Burocráticamente y desde Moscú se le impuso al PC peruano el documento que iba a ser considerado su programa, era una manera imperativa de evitar toda posible desviación mariateguista. La imprescindible elaboración programática, que no puede menos que ser hecha en el caldero de la lucha de clases, fue sustituida por el trabajo simple de secretaría. Lo dicho no importa desconocer la trascendental significación del programa como basamento inexcusable de un partido revolucionario. Con posterioridad los izquierdistas olvidaron que el partido únicamente puede construirse como programa y prefirieron el fácil recurso, aunque no revolucionario, de la respuesta desmañada a los problemas del día conforme al orden de su presentación.

El tradicional PC peruano se empeñó, desde sus inicios, por asentarse en los medios obreros y lo logró en cierta manera; la tradición de la revolución rusa y de Mariátegui fue aprovechada a fondo por la contrarrevolución, que puso su aparato burocrático al servicio de esta finalidad. Sus posteriores crisis y escisiones se dieron, básicamente, como estudiantiles y pequeño-burguesas, a veces teñidas de intelectualismo, impulsadas por las vicisitudes del stalinismo en escala internacinal. El maoísmo pretendió ser una rectificación por la izquierda de la tradicional poltronería de los partidos comunistas revisionistas. Sin embargo, orgánicamente se vio impedido, en el fondo obedecía a un stalinismo osificado, de llegar hasta la raíz

de la política contrarrevolucionaria desarrollada por las organizaciones dependientes del Kremlin. Muchos de los líderes de nuevo cuño resultaron maoistas por siple casualidad en su búsqueda de canongías y baratos liderazgos. La extrema debilidad del trotskysmo, más ideológica que numérica u organizativa, le impidió convertirse en polo de atracción en medio de la crisis stalinista y de adecuada respuesta a ésta. El maoismo no tardó en pulverizarse hasta el infinito.

El trotskysmo peruano, que en momento alguno logró ser programa sino simple repetición mecánica de la propaganda foránea y de las discusiones que se daban interminablemente en otras organizaciones, aunque a veces de una manera necesaria. Se agotó en la propaganda, a veces, de la revolución socialista y hasta engrillada en posiciones equivocadas como la shatmanista, allá por los años cuarenta. Era un trotskysmo sin un proyecto concreto para el Perú, discursivo e intelectualoide. Observó a Bolivia, como el resto del trotskysmo mundial, por otra parte, sin haber llegado a comprender el "milagro" que ofrecía el país más rezagado del continente. No asimiló la lección porque política y doctrinalmente no estaba preparado para ello y sus intentos de calco de algunas acciones altiplánicas no pudieron menos que acabar en el fracaso. La repetición de las fracturas sucesivas en escala internacional agravó la situación del trotskysmo, esto debido a su incapacidad para comprender el fenómeno y superarlo, lo que le habría permitido poder estructurar un vigoroso movimiento. En alguna ocasión, los grupos trotskystas se lamentaron que desde afuera no se les hubiera ayudado a poner en pie un vigoroso partido: lo que querían era que alguien con autoridad de maestro ocupase su lugar, lo que es ciertamente inadmisibile. El esfuerzo coordinado de los revolucionarios de las diferentes latitudes permite forjar la Internacional como el partido mundial de la revolución socialista. La virtual ausencia del movimiento trotskysta ha permitido que el foquismo y el maoismo apareciesen como los centros aglutinadores de la atención de los explotados y de las capas más vastas de la clase media, particularmente

de los intelectuales. Durante algún tiempo el foquismo dominó todo el panorama. Esta situación presionó vigorosamente sobre el trotskismo y virtualmente lo barrió del escenario. La única esperanza que queda es que una profunda y radical crítica pueda sentar las bases de un futuro movimiento revolucionario, convirtiendo en arsenal la propia derrota.

Es fácil comprender que en medio de ese escenario el castrismo victorioso se hubiese apoderado fácil y totalmente de la plaza. Uno de los ingredientes que confluía a fortalecer ese estado de cosas fue el antecedente del "trotskysta" Blanco en La Convención, otra experiencia más que no encontró la crítica necesaria y sólo sí los desmedidos elogios de los oportunistas que se dieron modos para capitalizar en su favor el prestigio del caudillo "indio" y de los pueblos jóvenes, es decir, de los sectores marginales, rezagados y no proletarios. La lucha revolucionaria resultaba imposible en esas circunstancias y mucho más frente a la desembozada actuación del empirismo revisionista del SWP norteamericano. El pablismo fue mucho más allá de las posiciones adoptadas en los hechos por su militante Blanco, foquista más que trotskysta, y se hizo incondicionalmente castrista y apostó a la nueva vanguardia estudiantil, sobre todo en los países con escaso proletariado, una manera de retornar en los hechos a los planteamientos stalinistas tradicionales.

El "APRA Rebelde" y las hazañas de La Puente, debidamente preparadas y lubricadas económicamente por el castrismo, opacaron a toda la izquierda, o mejor, la ganaron íntegra. En ese entonces nadie se atrevió a adelantar que los pequeñoburgueses aventureros y sedientos de gloria no tardarían en retornar ufanos hacia las posiciones burguesas democratizantes. El foquismo se autodestrozó en medio de su impotencia, pero no fue seguido por la autocrítica, que el desarrollo de la política revolucionaria convertía en una necesidad. Bejar saldó cuentas con su pasado, pero para tornarse velasquista y para abandonar definitivamente las filas de la revolución. La izquierda peruana no ha saldado cuentas con el foquismo y con el

indigenismo, es decir, con su propio pasado y mientras no lo haga no podrá esperarse que sea debidamente elaborada la doctrina de la revolución en ese país.

Se nos tiene que decir si el foquismo y las doctrinas agraristas tienen algo que ver con la revolución y si su contenido de clase los aparta de manera definitiva o no del proletariado. Los tradicionales foquistas peruanos están de retorno y de manera explicable no han desembocado en la política revolucionaria, sino que se encuentran deambulando por los predios burgueses. Esta vez el pasado define de manera despótica el presente. Estamos seguros que únicamente la severa autocrítica y las necesarias escisiones y fusiones que la siguen constituyen el camino seguro para la construcción del partido revolucionario. El amontonamiento oportunista de siglas, grupos o personas solamente puede conducir a dar nacimiento a organizaciones al servicio de la clase dominante.

En el Perú todavía no se ha dicho con la necesaria claridad el rol que juegan las clases sociales dentro del capitalismo de economía combinada, es decir, atrasado y tampoco el tipo de revolución (forma de gobierno) que se propugna. El Perú sigue siendo un enigma para los "marxistas"

Capítulo IV LA POLITICA DE "SENDERO" NO ES VIABLE

No se tiene que olvidar que uno de los centros fundamentales de preparación de las acciones de "Sendero Luminoso" ha sido, precisamente, la universidad de Ayacucho, lo que le facilitó la tarea de actuar sobre el entorno de comunidades campesinas miserables. La escisión del Partido Comunista Peruano y de las corrientes maoistas, siguió siendo, en lo fundamental, la marcha de los intelectuales al encuentro de la masa campesina empobrecida y villendriada, buscando elevarla hasta el socialismo con la prédica de los principios y con ayuda de las acciones ejemplarizadoras. Qué terca persistencia subjetivista empeñada en trocar a una clase social, que es tal por sus intereses materiales por sobre todas las cosas, en su contraria. Lenta-

mente los hombres del agro vieron llegar a sus presuntos libertadores. Aunque los senderistas actúan desde el vientre campesino, por lo menos geográfico, no son otra cosa que un serio empeño por sustituir a las masas, con todas sus limitaciones, su atraso, etc, por una élite escogida, convertida en púlpito de un presunto ideólogo proclamado como el más grande de todos los tiempos. Lo que podía haber sido explosión de orgullo plebeyo se diluye como expresión del sectarismo. Cuando se revisa la prensa internacional, esa manejada por la pequeña burguesía intelectual o que juega con ella, extraña la casi ninguna propaganda en favor de los alzados criollos; de lejos se percibe que no pertenecen a esa camarilla mundial de presuntos hacedores de revoluciones.

Desde fines del siglo XIX el marxismo no se cansa de desenmascarar el carácter de desesperación pequeñoburguesa y contraria a los objetivos y métodos de la revolución proletaria, que es de esto de lo que se trata y no de otra cosa, del terrorismo individual o de las legiones de activistas que marchan hacia el agro, cuantos más nombres de prosapia se encuentren entre ellos mejor.

La política revolucionaria en nuestra época parte de la diferenciación y afirmación del proletariado (conciencia de la clase) con referencia a la sociedad compuesta de varias clases sociales, a los pobres en general. Resulta un lugar común repetir que la condición revolucionaria de una clase social arranca del lugar que ocupa en el proceso de la producción, de si es o no propietaria, y no de su mayor o menor grado de pobreza. El proletariado puede trocarse en conciencia socialista porque ya es instinto socialista. La masa pequeñopropietaria puede ser mucho más pobre que la clase obrera, pero no por eso la prédica de tal o cual grupo la convertirá en comunista. Aunque esta lección emerge del pasado histórico no ha sido debidamente aprovechada. ¿A qué se debe tanta ceguera? A la falta de una crítica marxista desde el punto de vista del proletariado: en otras palabras, esta clase social ha sido eliminada como protagonista y dirección revolucionarias; el análisis ha dejado de ser clasista para dar lugar al maniqueísmo

lindante con la religión. Para los teóricos de nuevo cuño, la revolución proletaria ha dejado de ser una necesidad histórica y ha sido reemplazada con el imperativo moral de aliviar los dolores de los excesivamente pobres. Las sectas anarquistas gustaban colocar al lumpen en lugar del asalariado, ahora los sedientos de tierra, justicia y pan son convertidos en el campo de la superestructura ideológica en revolucionarios.

También en Bolivia menudean los "socialistas" y los seudointelectuales que tienen como divisa marchar hacia el campo para preparar a los hambrientos en la lucha por el socialismo. Sus ideas y su prédica no son más que la réplica en sus mentes del tremendo impacto que ha tenido en ellos la aterradora miseria imperante en el agro. "Sendero Luminoso" traduce su ideario en lucha armada, lo que ciertamente exige bastante valor físico; sus hermanos gemelos bolivianos no llegan a tanto y prefieren usar a los pobres como un medio de vida, esto sin dejar de asumir posturas revolucionarias. No hay más que rendir homenaje a quienes tienen el coraje de subrayar con su sangre su política revolucionaria, los traficantes solamente merecen nuestro desprecio.

No es casual el aislamiento en el inmenso mar campesino de las acciones senderistas, que tan difícilmente rebalsan hacia algunas comarcas vecinas. El localismo que a lo largo de la historia de los países andinos se ha trocado en el más furioso caudillismo, sobre todo militar, es una de las consecuencias del precapitalismo, del poco desarrollo industrial, de la incipiencia del mercado interno, en fin, del trabajo individual. Pero es ya sugestiva la abismal separación entre lo que sucede en Ayacucho y los movimientos, propuestas y actitudes que asume el proletariado de las ciudades. En los centros urbanos "Sendero Luminoso" es terrorismo individual, vale decir, negación de la acción de las masas. El terrorismo individual define perfectamente a los senderistas.

Se puede argumentar que la clase obrera no estalla en acciones de apoyo a los campesinos porque se lo impiden sus direcciones tradicionales, tan enfeudadas a la burgue-

sía. No cabe la menor duda que esas direcciones presionan negativamente cuando se trata de ensanchar la lucha armada, ellas son ahora, sobre todo electoralistas. Pero, si las acciones militares fuesen propias de las masas, una expresión de su lucha cotidiana, se podría esperar que sepultasen a todos los aparatos directivos imaginables. La clase obrera encarna a las leyes de la historia y por eso se puede descontar que concluirá arrasando a todas las burocracias que se levanten en su camino, a fin de imponer sus objetivos. La separación entre agro y ciudad a la que nos referimos es política, de estrategia. Nos encontramos, si accedemos a considerar que "Sendero Luminoso" encarna a la masa campesina, lo que no es cierto, por otra parte, ante movimientos que obedecen a intereses clasistas que son cualitativamente diferentes.

Para nosotros el movimiento revolucionario solamente puede ser proletario, no puede tener otro contenido de clase. Otra cosa es que la minoría proletaria para poder triunfar debe concluir encarnando a la nación oprimida, a las masas en general, debe apoyarse en las actitudes revolucionarias (rebelión contra el orden social establecido) principalmente de los campesinos y de las capas mayoritarias de la clase media de las ciudades.

La política de "Sendero Luminoso" aparta a los campesinos de la clase obrera, porque se esfuerza por convencerlos que ya han encontrado su dirección, su ruta revolucionaria. De esta manera ya no sería posible sellar la alianza obrero-campesina, eje fundamental de la estrategia del proletariado. Si los campesinos siguiesen las enseñanzas senderistas tendrían que pugnar por ser dirección política de una alianza de clases, esta conclusión lógica no ha sido planteada con claridad por nadie.

El problema no sería ya la construcción del partido de la clase obrera sino de uno campesino, que resulta un planteamiento no revolucionario. No pocos quedan profundamente desorientados y subyugados por la perspectiva de que un partido indio sería descomunadamente grande, que comprendería a la mayoría de la población, etc. Estos factores cuantitativos (decisivos en las elecciones, más no

para la revolución) cuentan muy poco, pues la cuestión es saber qué clase social es capaz de liberar a la sociedad en el camino de su propia liberación. Esa clase es, en la actualidad, únicamente el proletariado, esto porque vivimos dentro de la economía capitalista mundial. Hay que rechazar de plano todo intento de poner en pie partidos policlasistas (tipo APRA, MNR, Kuomintang, etc.), que invariablemente concluyen colocándose al servicio de la burguesía. La dirección revolucionaria tiene que ser indefectiblemente el partido de clase, de la clase obrera, precisamente. Hay que descontar que será un partido minoritario, pero sólidamente homogéneo en el plano ideológico, un verdadero Estado mayor capaz de dirigir con firmeza a las masas en general. Otra cosa es que el partido revolucionario minoritario tendrá que convertirse, si quiere vencer en la lucha, en caudillo nacional, en expresión política de la mayoría nacional. Volvemos a repetir que no puede hablarse de partido si no es, al mismo tiempo y sobre todas las cosas, programa, proposición política que parte de la realidad nacional y que espera ser probada por el desarrollo histórico.

En el Perú lo que falta es el partido revolucionario de la clase obrera, de aquí arranca su tragedia y la imposibilidad de que la nación oprimida por el imperialismo sea conducida a una lucha auténticamente revolucionaria dentro de la estrategia de la revolución y dictadura proletarias. En los hechos, como confirma el ejemplo de "Sendero Luminoso", el vacío de la dirección revolucionaria pretende ser llenado por una especie de movimiento campesino, que está muy lejos de alcanzar la categoría de partido político.

La construcción del partido —sin esta construcción no es posible esperar que se desarrolle una política revolucionaria consecuente, construcción que es parte integrante de esta política— debe partir de la superación crítica-radical de la lamentable situación actual, lo que permitirá poner en evidencia a todos los elementos que actualmente obstaculizan el logro de ese objetivo, que se ha convertido en una necesidad histórica que debe ser cumplida a cabali-

dad.

Habrá que poner mucha atención para evitar que la construcción del partido sea sustituida por el amontonamiento electoralista al margen del programa principista y teniendo como eje, más bien, menguados intereses. La extrema debilidad partidista empuja a muchos a sustituir a la vanguardia clasista políticamente organizada con la conformación de frentes y bloques, importando poco alrededor de qué principios. Si está ausente el partido-programa revolucionario es claro que los frentes carecerán de contenido clasista proletario y acabarán sirviendo a la política burguesa.

¿Habrá que partir de cero en este trabajo titánico? De ninguna manera. Todo el pasado de errores que se arrastra al respecto puede convertirse en valioso capital si se lo logra asimilar a través de la autocrítica. Ni duda cabe que la experiencia internacional es valiosísima al respecto y puede ayudar a una correcta enunciación de la teoría marxista del partido revolucionario. Como era de esperarse, en el Perú se carece de una adecuada concepción del partido de la clase obrera. Seguramente los pequeño-burgueses desesperados argumentarán que el camino señalado es demasiado largo y sembrado de obstáculos, pero esos elementos deben recordar que es el único que conduce a crear las condiciones favorables mínimas para la victoria de la lucha revolucionaria. La construcción del partido del proletariado constituye la tarea de mayor trascendencia de todo el proceso revolucionario y la que, indudablemente, ofrece las mayores dificultades.

Constituiría un grueso error el esperar la efectiva reconstrucción de la Cuarta Internacional —el Partido Mundial de la Revolución Socialista, así con mayúsculas— antes de iniciar los trabajos encaminados a poner en pie el partido peruano; en el mejor de los casos tales trabajos serán simultáneos. En determinadas condiciones se impone la construcción del partido nacional antes de la Internacional, con la certidumbre de que partiendo de esta base el partido mundial será estructurado más fácilmente, enriquecido con la experiencia lograda en determinados países.

Las acciones senderistas caen fundamentalmente dentro del foquismo, de un foquismo que se empeña, sin lograrlo, por entroncarse en las masas, como ya ha sucedido en otros lugares sin mayores éxitos. Se trata de una experiencia foquista extemporánea, cuando la aplastante mayoría de la izquierda radicalizada ha abandonado ese método de lucha y cuando sólo de tarde en tarde protagoniza el terrorismo individual. Esta circunstancia contribuye también al hecho de que las acciones armadas del Perú, bastante exitosas desde el punto de vista puramente militar, resulten opacadas en el plano internacional. Cuando la izquierda ha doblado la página del foquismo, "Sendero Luminoso" ha tenido el atrevimiento de actualizarlo de manera por demás vigorosa. Todos convienen en que los radicales de antes han revisado y abandonado la táctica del foquismo. Sabemos perfectamente que los senderistas se declaran extraños al castrismo, lo que no impide que recurran al método de lucha que de manera tan intransigente y sin éxito se pretendió imponer desde La Habana en toda la superficie del continente.

La lucha guerrillera centroamericana tiene mucho impacto en la izquierda latinoamericana, no por ser lucha armada, sino por constituir ejemplo de un frente democrático y limitado por los objetivos burgueses. Puede ser que "Sendero Luminoso" hubiese prestado atención únicamente a las acciones guerrilleras; el resto de la izquierda se empeña en estructurar un frente democrático.

Las acciones senderistas caen dentro del foquismo no solamente porque son el resultado de un grupo de activistas preparado exprofeso para esa finalidad, sino porque dicho grupo se superpone a la masa campesina, viene desde afuera a imponerse, a hablar a nombre de los oprimidos, etc. Aunque actúa en el campo, aunque toma a algunos hombres del agro para su actividad, sigue siendo una fuerza extraña a las masas del lugar, esto porque no es su expresión organizativa ni política, sino una dirección usurpadora.

En una comarca que logró dominar, en la que se erigió en gobierno, en fin, en una región que resultó ser terri-

torio liberado, "Sendero Luminoso" organizó una escuela, impuso programas, cantos, ritos de contenido político, prohibió la celebración de una tradicional festividad religiosa, normó la vida cotidiana, etc. Actuó así en el convencimiento de que estaba libertando a los hombres secularmente sojuzgados. Su actitud paternalista es inconfundible. En la medida en que imponen un determinado orden de cosas son opresores que violentan costumbres y creencias. Otra cosa sería que den expresión política a las transformaciones que planteen e inicien los explotados, particularmente en lo referente al problema de la tierra, que es lo fundamental para el movimiento campesino.

No es que "Sendero Luminoso" no busque identificarse con los campesinos, está seguro que su actividad diaria es ya esa identificación, lo que pasa es que no puede darse esa meta tan ansiada. La clave del problema se encuentra en que nos hallamos frente a dos fenómenos socialmente diferentes y que concluyen lado a lado. Los activistas solamente podrían fusionarse con los campesinos si programática e ideológicamente se trocasen en éstos. Lo que sucede es todo lo contrario, los senderistas se empeñan en que los campesinos se les asimilen.

La identificación de la que estamos hablando no puede darse porque importaría que el grupo de activistas, que se considera a sí mismo portador de la verdad política, se disolviese en la masa gris del agro, que desapareciese como expresión política. Esta masa gris no puede elevarse hasta el programa político, porque, como ya hemos indicado, no logra adquirir conciencia de clase. La identidad solamente puede importar la degradación del grupo político o el sojuzgamiento de los campesinos.

Estas consideraciones no son válidas para el partido obrero, que por múltiples razones puede en cierto momento contar con un número aplastante de revolucionarios venidos del agro. En este caso los campesinos se desclasan e ideológicamente se elevan hasta la estrategia proletaria.

"Sendero Luminoso" no surge del vientre campesino, sino que llega hasta él como movimiento maoísta, vale

decir, como fuerza extraña, políticamente extraña. Tampoco es el partido proletario que busca sellar la alianza obrero-campesina tras el objetivo de la conquista del poder, sino que se encamina a apropiarse de la masa del agro. Se incurre en una ficción cuando se habla de identidad "Sendero Luminoso"-campesinado, porque, en realidad, se trata de una superposición, del gobierno, que vale decir opresión, de los recién llegados sobre la masa gris. Los foquistas se esmeran en sostener que su política es nada menos que la expresión de los intereses y sentimientos de los sojuzgados. Si "Sendero" se autoproclamase partido de la clase obrera, estaríamos frente a una risible caricatura de la dictadura del proletariado. La verdad es que el asalariado nada tiene que ver en todo esto, sobre todo porque está ausente del escenario su auténtico partido político.

Tratándose del proletariado, es esta clase social la que se autoliberta a través de su lucha, de la conquista de la independencia ideológica y organizativa frente a toda la sociedad y particularmente a la burguesía, en fin, de la evolución de su conciencia de clase. El partido político (la vanguardia organizada) juega un papel decisivo en este proceso porque permite que la masa gris deje de ser tal al fusionarse con su doctrina revolucionaria, con el marxismo. El partido político es la más alta expresión del proletariado porque está vaciado en la doctrina de éste (expresión política de sus finalidades estratégicas, que eso es el programa), aunque en sus filas se encuentren estudiantes, campesinos, etc; no es extraño a la clase, contrariamente, es parte fundamental de ésta.

El campesinado no puede autolibertarse, son inconcebibles la revolución y la sociedad campesinas. Su liberación será obra de otra clase social, del proletariado, de la actividad política de éste a través de su partido. "Sendero Luminoso" está planteando en los hechos, de la misma manera que varios grupos foquistas en el pasado, la autoliberación campesina. La finalidad es utópica y los métodos empleados para alcanzarla nada tienen que ver con la revolución.

Si la finalidad de la lucha es la liberación de los explotados y oprimidos y la conquista del poder por éstos, que para dar una imagen gráfica del fenómeno puede llamarse gobierno brero-campesino, y no simplemente la victoria en las escaramuzas armadas, se tiene que concluir que el movimiento de "Sendero Luminoso" no puede lograr la victoria, no puede llegar a ser gobierno en el Perú. Si la historia desmintiese lo planteado se tendría que concluir que el proletariado no es la clase revolucionaria y que todavía hay espacio en el desarrollo de la humanidad para la sociedad campesina. No debe olvidarse que "Sendero" en ningún momento ha planteado la dictadura del proletariado.

Puede argumentarse que "Sendero" se ha levantado contra un gobierno burgués y que lucha contra él con las armas en la mano. Esto es cierto, pero no toda rebelión es necesariamente revolucionaria y no siempre conduce a la liberación de los explotados. En "Sendero Luminoso" están equivocados la línea política y el método de lucha, sobre todo porque son extraños a las masas y al proletariado.

Las acciones que protagoniza "Sendero Luminoso" no son guerrillas y sí expresiones foquistas. No nos encontramos frente al levantamiento en armas de los campesinos oprimidos contra sus opresores, las autoridades, el gamonalismo, etc, sino de la lucha de los activistas que han escogido una zona rural para sus proezas (podían haberse asentado en otras regiones y también en algún centro urbano) y que utilizan a los campesinos como auxiliares. Lo típico del guerrillero rural es que indistintamente usa los instrumentos de labranza y el arma de fuego, que actúa contando con la coraza protectora de sus iguales. Los activistas de "Sendero" deambulan por los poblados en busca de apoyo y castigando a los delatores, supuestos o reales, lo último es por demás sugerente. El guerrillero es labrador-combatiente.

Es por esto que decimos que "Sendero Luminoso" sigue siendo extraño a la masa campesina. La guerrilla del agro es correcta como método de lucha, pero puede plan-

tearse objetivos utópicos y condenados de antemano al fracaso, como lo está la llamada "revolución india".

Un foco armado puede soldarse con las grandes movilizaciones de masas y ser absorbido por éstas. Esta posibilidad parece no ser posible en el Perú debido a la profunda separación entre las acciones que se libran en el agro y el movimiento obrero de las ciudades.

En el plano de la suposición teórica, la salvación del foco armado senderista puede plantearse únicamente a través de su fusión con el movimiento de masas. La arremetida guerrillera de las masas en general o de sus sectores más importantes pueden tener la perspectiva de acabar con el ejército represivo, sobre todo por el camino de su escisión, de su neutralización y de la desertión de sus efectivos, de acabar, al mismo tiempo, con la clase dominante.

La victoria de la revolución, para convertirse de deseo en realidad, tiene que pasar por el camino de arreglo de cuentas con el ejército. Esta organización que concentra la capacidad compulsiva del Estado tiene que sufrir el impacto de las grandes luchas de los explotados a fin de que en su seno se agudice la lucha de clases. Uno de los indicios de la presión popular sobre el ejército se mide por el hecho de que parte de sus componentes se pasa al campo de la revolución. Por los datos que se tienen nada de esto ha sucedido en el Perú. Los senderistas en este problema siguen también las pautas de los foquistas: llevar la guerra prolongada hasta el punto en el que pueda derrótarse formalmente a las fuerzas armadas regulares.

En los países atrasados está presente un otro elemento que distorsiona el trabajo de los revolucionarios frente a las fuerzas armadas y que es parte vital de la política militar del proletariado: la posibilidad de que las tendencias nacionalistas uniformadas proburguesas (democratizantes e izquierdistas) arrastren a las masas hacia sus posiciones, alejándolas así momentáneamente de la línea revolucionaria. El velasquismo en el Perú constituyó un intento fallido en este sentido; sin embargo, la política revolucionaria no puede ignorar su existencia en el escenario nacional y que necesariamente incide en la marcha del movi-

miento obrero. Como no existe un partido de la clase obrera, se puede descartar la existencia de una política revolucionaria hacia las fuerzas armadas.

El ejemplo boliviano puede ser ilustrativo al respecto. En muchos países los ejércitos de casta y organizados alrededor de una particular doctrina, reflejo de la ideología burguesa en el campo militar, son las organizaciones que más tardan en desmoronarse. Generalmente, los gobiernos militares cumplen la función de murallas de fuego que se empeñan en impedir el hundimiento definitivo del orden social imperante. Entre nosotros no sucede nada de esto: la institución castrense se ha dislocado precipitadamente, por no ser de casta, por su entroncamiento directo en los sectores populares, por su falta de ideología propia. Cuando se escriben estas líneas ha quedado probado que una de las variantes políticas menos probables, aunque no imposible, resulta ser el golpe de Estado gorila. Este ejército es sensible y permeable a las presiones ejercitadas por las grandes movilizaciones de masas y, particularmente, a la ideología revolucionaria. La política militar del proletariado tiene que encaminarse a crear unacorrente revolucionaria que abarque desde los soldados hasta los sargentos y suboficiales, pasando por los jóvenes oficiales. Este trabajo puede traducirse en la materialización de las condiciones mínimas para la victoria. El objetivo táctico es el de neutralizar y dividir a las fuerzas armadas que fueron puestas en pie por la burguesía.

Si en el Perú la crítica y actividad revolucionarias tienen que encaminarse a ayudar a las masas, particularmente a las proletarias, a vivir lo más rápidamente posible su experiencia frente al APRA, al PCP y a otras tendencias que le son afines, a fin de ganarlas para la causa revolucionaria y apartarlas de direcciones que le son extrañas, en otros países como Bolivia esa es la conducta que tiene que observarse frente a las corrientes nacionalistas, civiles o uniformadas. No sería posible esperar que un ejército sea derrotado si antes sus corrientes nacionalistas no se han agotado políticamente, es decir, como opciones ante los explotados.

Como es el destino de todas las acciones foquistas, la rebelión de "Sendero Luminoso" acabará como el juego entre el gato y el ratón, el ejército regular al fin atinará a asestarle el zarpazo definitivo. Entonces no quedará en el balance ninguna transformación económico-social irreversible que pueda convertirse en hito de la marcha del proceso revolucionario. Acabará como pretexto para la represión.

La lucha por la liberación peruana no seguirá el sendero luminoso fijado con la sangre de los mártires caídos tras la utopía, sino que se efectivizará mediante el levantamiento insurreccional de la nación oprimida misma, actitud que no tiene nada en común con el foquismo y que todo le separa de él. La clave se encuentra en la evolución de la conciencia del proletariado y en este plano carece de significación la experiencia senderista.

¿Puede esperarse la superación del foquismo desde el seno mismo del grupo de activistas? Esto es sumamente difícil e improbable. El grupo armado no elabora ideas políticas, se dedica a la acción puramente militar y está disciplinado por un verticalismo severo. Como no puede ser de otra manera, el culto de la personalidad sin atenuantes constituye la norma básica del foco armado. El "camarada Gonzalo" (Abimael Guzmán) no puede fallar en nada, sabe todo y está siempre presente en todas las actividades. Es el Mao y el Stalin de los Andes. Aquí no hay lugar para la crítica y la autocrítica, inseparables de la actividad revolucionaria, que siempre es superación. La crítica radical vendrá de afuera, de los núcleos dispuestos a conformar el partido de la revolución.

¿Y será el último ensayo foquista? Cualquiera que sea su desenlace final, puede esperarse la reiteración en las prácticas foquistas mientras no aparezca un vigoroso movimiento revolucionario que acaudille las luchas populares y dé expresión política a sus inquietudes más apremiantes. La desesperación pequeño burguesa sabe cómo expresarse.

Volvemos a repetir que repudiamos con toda energía la política represiva de la burguesía en el poder, la escalada macarthysta de la que son víctimas los campesinos en